

Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado
Hacia un mundo mejor

Homilía
Parroquia Sagrada Familia, 19 de enero de 2014

Is 49, 3. 5-6; Sal 39; 1 Cor 1, 1-3; Jn 1, 29-34

Queridos hermanos y hermanas,

Este año se cumple el centenario de esta hermosa Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado; la primera se celebró en el año 1914, en el pontificado de Benedicto XV. Cien años dedicados al servicio de las migraciones y, como Iglesia, queremos seguir estando, compartiendo gozos y esperanzas, tristezas y angustias, ofreciendo el amor y el dinamismo liberador que nacen de Jesucristo y de su Evangelio, siempre en camino *hacia un mundo mejor* -como reza el lema de esta Jornada-.

«Te hago luz de las naciones», son las palabras dirigidas al profeta Isaías -como hemos escuchado en la primera lectura-; también Jesús dice algo parecido a sus discípulos: «Vosotros sois la luz del mundo... que alumbre a todos los de la casa. Brille así vuestra luz ante los hombres» (Mt 5, 14ss). En este mundo donde, por desgracia, el escándalo de la pobreza en sus diversas dimensiones: violencia, explotación, discriminación, marginación social, planteamientos restrictivos de la libertad, se oscurecen la vida y el destino de muchas personas y pueblos, se hace necesario que brille la luz de la solidaridad, la fraternidad y la “mística del vivir juntos”, donde descubro al otro como hermano y no como enemigo.

En medio de la oscuridad de las divisiones, la desconfianza, las fronteras y las “vallas”, se hace necesario, hoy más que nunca, que escuchemos la voz de Dios que nos llama y nos dice: «vosotros sois la luz», «yo te hago luz», para que alumbres a todos los que te rodean, especialmente a los que se sienten explotados y deprimidos, a los que han tenido que abandonar sus hogares y sus países para buscar un mundo mejor. Jesucristo nos enseña a ser luz, mirémosle a él: siendo acogedores, dialogando, procurando la integración de todos, dando de corazón no sólo lo material sino también estando cerca, disponibles para salir al encuentro de quien nos necesita, especialmente del emigrante, de quien busca oportunidades para salir de la miseria y mejorar su calidad vida. No nos cansemos jamás de crear familia, porque -como dice Papa Francisco-: «Toda persona pertenece a la humanidad y comparte con la entera familia de los pueblos la esperanza de un futuro mejor».

¿Qué supone la creación de un mundo mejor? El Papa, en su mensaje para esta Jornada, nos sugiere varios caminos, todos necesarios:

- Ser capaces de pasar de la cultura del rechazo a una cultura del encuentro y de la acogida. Muchas personas emigran esperando encontrar un mundo mejor y encuentran desconfianza, cerrazón y exclusión. Está en nuestras manos revertir esa situación.

- No podemos reducir el desarrollo al mero crecimiento económico. El mundo solo podrá ser mejor si la promoción de la persona es integral, en todas sus dimensiones, incluida la espiritual.

- Denunciar las raíces que unen migración con pobreza. Muchos huyen de la miseria, el hambre, e incluso de la persecución. Está en nosotros levantar las barreras que dividen y extender las manos para acoger.

- Debemos superar los prejuicios en la evaluación de las migraciones. A veces la llegada de emigrantes suscita sospecha y hostilidades. Por eso se necesita por parte de todos un cambio de actitudes, pasar de la actitud defensiva a una actitud que ponga como fundamento la cultura del encuentro, la única capaz de construir un mundo más justo y más fraterno.

«Al ver a Jesús que venía hacia él exclamó: Este es el Cordero de Dios». Juan descubre en el rostro de Jesús al Hijo de Dios, al Enviado, al Mesías. Es en esa dinámica: en la que descubrimos el rostro de Cristo en el hermano, desde la que se hace posible un mundo mejor. Dice el Papa: «La Iglesia está llamada a ser el Pueblo de Dios que abraza a todos los pueblos, porque en el rostro de cada persona está impreso el rostro de Cristo. Aquí se encuentra la raíz más profunda de la dignidad del ser humano, que debe ser respetada y tutelada siempre. El fundamento de la dignidad de la persona no está en los criterios de eficiencia, de productividad, de clase social, de pertenencia a una etnia o grupo religioso, sino en el ser creados a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1, 26-27). Se trata, entonces, de que nosotros seamos los primeros en ver el rostro de Cristo en el emigrante, y lo veamos no como un problema que debe ser afrontado, sino como un hermano que deben ser acogidos, respetados y amados».

Queridos emigrantes, también para vosotros tiene Papa Francisco unas palabras: «No perdáis la esperanza de que también para vosotros está reservado un futuro más seguro, que en vuestras sendas podáis encontrar una mano tendida, que podáis experimentar la solidaridad fraterna y el calor de la amistad. A todos vosotros y a aquellos que gastan sus vidas y sus energías a vuestro lado os aseguro mi oración y os imparto de corazón la Bendición Apostólica».

Queridos hermanos y amigos, no olvidemos jamás que el Señor nos ha asociado a su misión por medio del bautismo, que todos somos responsables de crear condiciones suficientes para la integración de los emigrantes; que seamos acogedores y aprendamos también de ellos, de su cultura y testimonio de vida. Que nuestras parroquias sean siempre hogar acogedor, familia de familias, con las manos siempre abiertas para crear fraternidad. Que María y José, que también fueron emigrantes en Egipto, nos enseñen a hacer realidad ese *mundo mejor* que todos deseamos e intercedan por nosotros.

Que así sea.